

Opinión pública en Venezuela

¿Hay razones para la esperanza?

La opinión pública es un termómetro acerca de las distintas realidades de un país. En este caso se trata de medir el recorrido de la opinión pública política en estos 10 años de “proceso bolivariano” o de “revolución”. La opinión pública política de estos años ha servido también para medir el modelo de gobierno que se instauró a partir de 1999 y hacia dónde se quiere conducir. Lo que se ha demostrado es que esa opinión pública no ha sido nada dócil, aún a pesar de los procesos de domesticación que el Gobierno se ha empeñado y se empeña en instaurar.

■ **Mariana Bacalao**

No hay diagnóstico más fidedigno de la realidad política de un país, que el que arroja el estudio de la opinión pública. Reflexionar sobre el recorrido de la opinión pública en los últimos 10 años es desandar la ruta de los venezolanos como sociedad en este período de tiempo. En este camino nos encontramos con pruebas fehacientes que apuntan, por un lado, hacia un empoderamiento psicosocial de los estratos más necesitados (entendiendo este último como un enriquecimiento de las expectativas y una reducción de la sensación de desesperanza y abandono); y por el otro, hacia una consolidación en el rol participativo (para respaldar o para disentir) de todos los sectores que componen el crisol social.

La opinión pública venezolana suma ya varios años en estado de activación permanente y vigilante; demostrando no sólo que es capaz de articularse buscando la consecución de sus objetivos; sino que está signada por un profundo compromiso democrático que luce inquebrantable a pesar de la dura tarea que le ha impuesto el Gobierno del presidente Chávez en materia de luchas civiles y reivindicaciones ciudadanas.

En permanente movimiento, como el Sísifo de Homero, el ciudadano de a pie ha sorprendido a todos —incluso a sí mismo— revelándose como el poder más sabio y prudente. Su desprecio por las formas violentas de expresarse, su respeto por una legitimidad institucional que ve erosionarse día a día y su apasionamiento

militante por la democracia como forma de vida; le han valido duros castigos por parte de una élite de gobierno propensa al autismo; y el desprecio de las trincheras más radicales del chavismo y la oposición, que confundiendo su persistencia con bosería, lo han etiquetado de absurdo.

Sin embargo, las iras, las burlas y las amenazas no han logrado desactivar a la opinión pública nacional. Marcha al paso que le ha impuesto esta nueva realidad, sostenida por la esperanza de conseguir su propósito. Conciente de que su realidad actual es el precio a pagar por décadas de consentimiento y complicidad, se alza por encima de su destino trágico, convirtiendo el duro camino de todos los días en músculo, en aprendizaje social, en lección colectiva.

SOCIEDAD CIVIL EN AUGE

En foros internacionales se debate la propensión de las sociedades del siglo XXI a participar menos y con poco entusiasmo. Son contados con los dedos de una mano los grandes temas de opinión pública que logran aglutinar a las mayorías y todavía más escasos aquellos que hacen posible que las personas decidan volcarse a las calles de forma organizada. Las manifestaciones de opinión pública, son para la mayoría de las sociedades, poco menos que extraordinarias.

Sin embargo, en Venezuela lo que Abreu¹ define como opinión pública manifiesta, ha sido el pan nuestro de cada día

*Que difícil se me hace,
mantenerme en este viaje
sin saber a donde voy en realidad.
Si es de ida o de vuelta,
si el furgón es la primera,
si volver es una forma de llegar...*

Alejandro Lerner.
Todo a Pulmón, 1983.



Galería de Papel. Rivoltare. Dayana Santiago y Germán Sandoval. 2009

en los últimos años: “En el umbral de la opinión pública activada se produce la respuesta de la sociedad, los grupos y los individuos ante los acontecimientos del espacio público –manipulados o no, con mayor o menor cobertura de los medios de comunicación social (...) Podemos decir que la manifestación de opinión pública es *directa* en tanto se transforma en mensaje de un medio de comunicación cuando los interesados buscan el recurso del medio para expresarse, como por ejemplo acudiendo a un programa de televisión o a una emisora de radio, escribir una carta, escribir una carta pública a un periódico. La manifestación de opinión pública en el espacio público puede ser *indirecta*, cuando se producen fenómenos multitudinarios de expresión de protesta o petición, como manifestaciones callejeras, marchas pacíficas o violentas, pancartas en caminatas, que serían algunas de sus formas más características”.

Es en el marco de esta rara *manifestación permanente* en la que vive la sociedad venezolana, que una miríada de estudiosos, veedores internacionales, y comisiones ciudadanas se han acercado a nuestras calles y se han mezclado entre las marchas y contramarchas; y simultáneamente han estudiado a nuestros medios de comunicación, como formas de expresión de esa avidez ciudadana por manifestarse.

Todos han llegado, más o menos, a la misma conclusión: Venezuela protagoniza, desde hace varios años, un momento de auge de la opinión pública, en el cual como respuesta a los acontecimientos, la opinión de la gente alcanza una difusión masiva. Una apropiación del ciudadano del espacio público que produce ruido en las diferentes instancias de poder, pues se expresa casi siempre a ritmo de petición o protesta.

Lo anterior no pretende señalar la existencia de una sola vertiente de opinión pública. Muy por el contrario, el territorio venezolano ha sido escenario de una amplísima gama de expresiones manifiestas de opinión pública en donde se han incorporado masivamente sectores tan diversos como los estudiantes, los indígenas, los trabajadores petroleros, las madres, los profesionales, los reservistas, la tercera edad, los desempleados, los empleados públicos, los representantes de la Asamblea Nacional y los familiares de personas muertas a manos del hampa.

Se han organizado bajo múltiples denominaciones y han tomado las calles, por decenas, cientos y miles. Han marchado y se han concentrado, han hecho peticiones

“

Venezuela protagoniza, desde hace varios años, un momento de auge de la opinión pública, en el cual como respuesta a los acontecimientos, la opinión de la gente alcanza una difusión masiva.

”

a favor o en contra de causas nacionales e internacionales. La reportera gráfica Rosalía Barreto de la *Agencia Bolivariana de Noticias* recoge para una nota de la página de *YVKE Mundial* (Nacionales / “Venezolanos también acudieron a Embajada de Honduras en Caracas apoyando a Zelaya”) del domingo 28 de Junio de 2009, una serie de imágenes que muestran instantes en que: “Cientos de personas se manifestaron este domingo en la embajada de Honduras en Caracas, manifestando en apoyo al presidente Manuel Zelaya, víctima de un golpe de Estado”.

Ese mismo fin de semana se registraron por lo menos otras 4 manifestaciones; a saber: de los trabajadores de la Alcaldía Mayor, exigiendo el pago de sus salarios; de los trabajadores de las ex contratistas petroleras del Sur del Lago expropiadas; convocadas a través de la red social Facebook, se concertaron manifestaciones públicas en 15 capitales de Venezuela y en 30 a nivel mundial por posible cierre de medios de comunicación venezolanos; y en Ciudad Guayana un grupo de mujeres manifestó en contra de la inseguridad.

Desde esta óptica, sería poco menos que mezquino no reconocer que la opinión pública venezolana se ha anotado un triunfo en materia de presencia y organización; pues como resulta obvio todo sistema democrático necesita de la participación de sus integrantes para robustecerse.

La participación ciudadana se erige como una de las estrategias más contundentes para profundizar la cultura democrática y superar la inequidades propias del modelo. En este sentido, el furor de participación colectiva que los venezolanos han abrazado todos estos años podría

verse como un paso al frente, una manera de ampliar los derechos democráticos y transitar el camino de la madurez política.

Tal y como narra Carmen Beatriz Fernández: “Entre nosotros fue el movimiento vecinal el pionero de lo que hemos dado en llamar sociedad civil. *La rebelión de los vecinos* es el título que da un estudio de los temas urbanos al capítulo de la aparición de los movimientos sociales urbanos en Venezuela. La nomenclatura es ilustrativa porque señala el carácter pugnaz que tuvo en sus orígenes el movimiento vecinal. Se identifica geográficamente en Caracas, a mediados de la década de 1970 y en los estratos sociales medios y medios altos, los orígenes de la sociedad civil activista de los derechos públicos”.

Esta primera sociedad civil, que apareció rezagada en el tiempo, en comparación con otros países latinoamericanos, participó siempre con precaución, desligándose de toda vinculación con los partidos políticos y con los sectores gremiales y sindicales a los que entendían como un apéndice de los aparatos políticos que con tanto desdén evaluaban.

Desde esos inicios tímidos y hasta cierto punto sectarios, que ensayaron reivindicaciones vecinales; hasta la participación variopinta y multitudinaria que se ha apoderado del escenario público hay un largo trecho que denota una evolución en la forma de reaccionar frente a realidades insatisfactorias o poco deseadas.

Es cierto que ese cambio no ha sido espontáneo, aparece como el resultado de dos circunstancias que, aunque en apariencia excluyentes, de alguna forma han logrado confluir en este re-despertar masivo de las manifestaciones públicas de orden ciudadano.

Por una parte el gobierno del presidente Chávez, desde sus inicios, ha vendido de forma muy eficiente un modelo de inclusión para los sectores tradicionalmente excluidos y marginados de la sociedad. Esta efectísimamente apropiación de un espacio de comunicación (antes inexistente) con los segmentos populares, catapultó una sensación de respeto, de ser *tomado en cuenta*, por demás novedosa en la praxis del discurso político de la Venezuela contemporánea.

Por un lado la capacidad empática de Chávez, aunada a su formidable operación de propaganda, han calado hondo en amplias capas de la sociedad que ven en esta promesa de inclusión el principal combustible que sella sus lealtades con el proyecto chavista. No en vano toda la construcción de metáforas y significantes

de la revolución bolivariana gira en torno a una nación que avanza hacia un modelo de igualdad, equidad, inclusión y justicia social.

En este sentido, apuntaremos sólo a manera de ejemplo lo que expuso el primer mandatario nacional, durante un discurso pronunciado en Maracay, a propósito de la inauguración de la Nueva Escuela Técnica de Formación de Sub-Oficiales, cuando afirmó que:

“Estamos en una guerra social desatada por las clases poderosas que quieren seguir explotando a los más pobres y en función de ellos manipulan y tienen desatada una guerra psicológica. Así lo declaro, yo estoy y estaré siempre en esta vida del lado de los pobres y los necesitados de la patria. No tengo compromiso y nada que ver con los ricos. Y las clases llamadas medias, bueno tendrán que escoger, porque las clases medias terminan siendo ni chicha, ni limonada, ni lo uno, ni lo otro. Yo les hago un llamado a que se comprometan con el pueblo, con la patria, que no se dejen manipular por los ricos... por los mantuanos, los godos, los oligarcas y los burgueses, que utilizan la clase media y la llenan de miedo, la explotan la dominan y también la masacran. Y a veces la clase media, o como la llamen, no se da ni cuenta. Hay que fortalecer la unidad nacional en torno al pueblo, a los campesinos, a la clase obrera (...)”³

De forma paralela, en estos últimos 10 años los niveles medios y medios-altos de la sociedad han interpretado el proceso chavista, y sus profundas modificaciones del paisaje socio-político, como un movimiento caracterizado por el fortalecimiento de amenazas violentas a la institucionalidad democrática. Gustavo Hernández Díaz señala, de manera ilustrativa, el estado de indefensión en el que se perciben buena parte de los venezolanos: “Los poderes públicos confiscados por el Presidente cercenan la autonomía del Estado. No se puede pensar en Estado de Derecho toda vez que la Contraloría General de la República, la Defensoría del Pueblo, el Poder Nacional Electoral y el Tribunal Supremo de Justicia hacen genuflexión ante las directrices incuestionables del Presidente. Se constata efectivamente un derecho (con “d” minúscula) arbitrario y hegemónico que el Presidente ejerce sobre el Estado. Esta modalidad de derecho es ilegítima, irracional e inconstitucional porque el primer magistrado interpreta caprichosamente la Constitución Nacional, mientras otro tanto hace la Asamblea Nacional cuando le confec-

“

De forma paralela, en estos últimos 10 años los niveles medios y medios-altos de la sociedad han interpretado el proceso chavista, y sus profundas modificaciones del paisaje socio-político, como un movimiento caracterizado por el fortalecimiento de amenazas violentas a la institucionalidad democrática.

”

ciona las leyes a su medida, ideadas para responder a un momento coyuntural”.⁴

Con la aprobación en noviembre de 2001 de 49 leyes por parte del Ejecutivo nacional, mediante el recurso de la Ley Habilitante, se inicia un largo trayecto en el que diversos sectores de la sociedad han sentido, por primera vez en muchos años, sus intereses directamente afectados: “un proyecto que ha promovido la participación popular, pero no el pluralismo que tal participación exige; que ha deseado bajar el poder al pueblo, pero tiene una política recentralizadora; que requiere un Estado fortalecido, pero más bien lo ha destruido; que busca la libertad por el camino de la igualdad, pero ha generado graves exclusiones”⁵. Incapaz de incluir a los excluidos, sin desincorporar a los que tradicionalmente formaron parte de la vida pública y la toma de decisiones.

Dos visiones de país en pugna, que han desembocado en intensas actividades de calle como símbolo de afirmación o protesta. El escenario de lo público en Venezuela esta marcado por, al menos, dos guiones disímiles que dejan ver una sociedad con profundas diferencias en cuanto a lógicas y expectativas sociales.

OPINIÓN PÚBLICA, MEDIOS Y POLARIZACIÓN

En la última década la dinámica nacional involucró a los medios de comunicación

como un actor central en el conflicto político nacional. No vamos a detenernos en las causas y motivaciones que han auspiciado que los medios de comunicación, renunciando a su carácter fundamental de mediadores sociales, se hayan convertido en muchos casos en defensores a ultranza de uno de los bandos que se disputa el poder.

Tampoco entraremos a discutir una realidad que, particularmente durante esta última década, se ha vuelto inapelable: los medios han tenido un rol protagónico en la coyuntura política nacional. En Venezuela y muy probablemente en América Latina, hablar de opinión pública implica hablar de política e ineludiblemente de unos medios de comunicación que ya no sólo se asumen como facilitadores del debate social; sino como eje central de una opinión pública que con frecuencia termina teniendo la voz y el rostro de los portavoces mediáticos.

Lo que nos interesa acotar es la relación que han tenido los medios de comunicación en el cambio de una opinión pública que pasó de introvertida y apática a una fuerza que es capaz de movilizarse exigiendo reivindicaciones: “la opinión pública consentidora y legitimadora de las decisiones del poder político en la Venezuela del reciente pasado, se ha transformado gracias a las acciones de los medios de comunicación política, en una entidad impugnadora de ese poder. (...) La crítica de los desmanes del poder, que hasta hace apenas unos años era sólo objeto de tratamiento en informados círculos privados, se convirtió en material de discusión de los espacios públicos, en virtud de la nueva posición de los medios de comunicación que pasaron de una actitud respetuosa del poder a una muy documentada irreverencia crítica.”⁶

El reconocimiento de la influencia de los medios masivos sobre la formación de opinión pública en la esfera de la comunicación política, plantea varios desafíos. En primer lugar, no sobredimensionar ni culpabilizar a los periodistas y a los medios de comunicación; sino por el contrario, re-plantear a la ciudadanía como epicentro de una acción pública que se concentre en el fortalecimiento de los partidos políticos y demás instituciones y resucite la buena imagen de los poderes públicos.

Resistir a la tentación de centrar el debate en la legitimidad de los medios como interlocutores políticos y plantearse que asistimos a una transformación de la noción del espacio público, en la cual las

mediaciones no respetan las fronteras tradicionales entre gobernantes y gobernados. Los viejos paradigmas se han invertido y hoy es la esfera política la que busca sintonizarse al poder mediático.

Lo anterior, no representa necesariamente una mala noticia. Después de todo hay que recordar que en democracia, tal y como lo plantea Tulio Hernández, esa ingerencia de los medios de comunicación en la formación de opinión pública, es sinónimo de buena salud:

“Los países con democracias más avanzadas parten del principio de que, a pesar de su poder hipertrofiado, los medios independientes privados son fundamentales para su funcionamiento, y tratan de dirimir el conflicto diseñando leyes y creando instancias de regulación a través de organismos colegiados que no dependen exclusivamente del Estado y mucho menos de los gobiernos (lo que todos consideran un remedio peor que la enfermedad) sino que se constituyan como una expresión lo más plural posible de la diversidad ideológica y de intereses de toda la sociedad. El temor de fondo es que cualquier hegemonía extrema, ya sea esta ejercida en nombre de la justicia social o de la libertad de empresa, es una aberración de poder”⁷.

En el caso específico de Venezuela, si la ingerencia mediática ha contribuido a que las mayorías se involucren en los grandes temas de interés público y despierten de su largo letargo; los esfuerzos deben ir orientados a que las regulaciones preserven los derechos de las audiencias, evitando confundir agenda con intereses políticos.

¿IMPORTA LA OPINIÓN PÚBLICA?

Si bien es cierto que los venezolanos han sido testigos protagónicos del auge de una opinión pública permanentemente activada y manifiesta; el modelo teórico, así como el sentido común, nos recuerda que todo aquel que se manifiesta, lo hace con la aspiración de formar parte de la toma de decisiones.

El deseo por impactar lo público y contribuir con la forma y la dirección de las decisiones que desde el Estado se toman, está consustanciado con la capacidad de ser eficaz y con los preceptos fundamentales del modelo democrático.

Para la gran mayoría de los casos, cuando los miembros de una comunidad se manifiestan, buscan formular demandas que logren penetrar el sistema político. En palabras de Iván Abreu:

“La opinión pública eficaz se puede definir como el modo en que una opinión pública manifiesta logra influir en las decisiones, bien a través de una modificación de decisiones anteriores, bien a través de normativa jurídica o, como ocasionalmente ocurre, dando marcha atrás en una idea o engavetando un proyecto; en última instancia, a través del cambio de gobierno, como podría ser el caso de un resultado electoral, o el cambio de sistema político, como puede ser la caída de una dictadura (...)”⁸

La pregunta clave es: ¿hemos sido eficaces en los últimos 10 años?

Una revisión de las movilizaciones y expresiones de la opinión pública reciente arrojan varias lecturas inquietantes.

En primer lugar una polarización del índice de eficacia, en el que en muchas ocasiones la eficiencia de un bando es inversamente proporcional a los logros del contrario. Tal vez el ejemplo más emblemático lo constituyan las movilizaciones del 11 y 13 de abril. El regreso al poder del presidente Chávez dio al traste con las aspiraciones y peticiones de los sectores opositores, resumidas en la consigna: *Chávez vete ya*. En Venezuela no podemos hablar de una unidad del tejido social.

Otras de las conclusiones que salta a la vista es un porcentaje significativo de movilizaciones e iniciativas que se han llevado a cabo sin dirección ni sentido claro. Manifestaciones multitudinarias que se han abierto paso, como sonámbulas, sin contar con interlocutores capacitados para aglutinar las demandas de los activistas o que, complaciendo a Habermas, se han articulado con fines meramente acclamativos.

Finalmente, el examen de la eficacia de la opinión pública en la última década nos conduce a una evaluación del modelo de gobierno. Sólo es posible entrar al sistema y desencadenar procesos de decisión si desde el Ejecutivo y los poderes públicos existe una vocación de diálogo verdaderamente democrático.

El gobierno del presidente Chávez ha demostrado ser muy hábil en la capitalización de amplios sectores de la opinión pública que, impulsados por la estructura propagandística y el uso y abuso de los recursos del Estado, han servido como herramienta de legitimización de una participación metafórica. Sin embargo, de forma simultánea, se ha empeñado en no darle entrada a las demandas de los sectores opositores, criminalizando toda disidencia y exigiendo públicamente el

castigo de aquellas personas y entidades que no comparten sus puntos de vista.

En medio de este panorama desorientado, en donde la opinión pública muchas veces parece marchar al ritmo de las estrofas de Alejandro Lerner, tal vez el mejor antídoto contra el desánimo venga dado por la tenacidad democrática con que los diversos sectores que componen el grueso de la sociedad civil, de todos los bandos, insiste en expresarse.

■ **Mariana Bacalao**
Profesora de la Escuela de
Comunicación Social de la UCV.

Notas

- 1 ABREU SOJO, Iván (2001): *El Estudio de la Opinión Pública. Espacio Público y Medios de Comunicación Social*. Caracas: Vadell Hermanos Editores. p. 57.
- 2 FERNANDEZ, Carmen Beatriz. (2001): “Partidos Políticos y Sociedad Civil en Venezuela: historia de amor y de odio”. En: revista *Espiral*, septiembre-diciembre, volumen 8, número 22. México: Universidad de Guadalajara. p.69.
- 3 Consúltese la nota: “Chávez: en Venezuela hay una guerra social”, en www.minuto59.com, en la sección política, primera página del 01 de julio de 2009, redactado por la sala de prensa.
- 4 HERNANDEZ DIAZ, Gustavo (2006): “Hegemonía Gubernamental y Comunicación en Venezuela”. En: revista *Comunicación*, N° 134, Caracas: Fundación Centro Gumilla. p. 24.
- 5 PERAZA, Arturo, s.j. (2008): “Balance Político del Proceso”. En: revista *SIC*, N° 710, diciembre 2008. Caracas: Centro Gumilla. 465-467.
- 6 COLOMINA, Marta: “La opinión pública en Venezuela: ¿de súbdito a caudillo? En: revista *Comunicación* en http://gumilla.org/biblioteca/bases/biblio/texto/COM199383_8-9.pdf, p.9.
- 7 HERNANDEZ, Tulio (2008): “Un pensamiento anacrónico”, en www.concienciactiva.org, 06/04/2008.
- 8 ABREU SOJO, Iván (2001): *El Estudio de la Opinión Pública. Espacio Público y Medios de Comunicación Social*. Caracas: Vadell Hermanos Editores. p.59.